

Annus mirabilis, annus terribilis

HEMOS dejado atrás un año cargado de ambigüedad, contradictorio, sorprendente tanto por su grandeza como por su miseria. La huella fundamental que el 92 ha dejado en la memoria colectiva es precisamente la del brutal contraste entre el optimismo de los tres primeros trimestres y la desesperanzada decepción del cuarto.

Aunque no se nos ocultaron los indicios de que la prosperidad de los años precedentes estaba tocando a su fin, entramos en el esperado 92 con el pie del triunfador. Los españoles habíamos llegado a los 14.000 dólares de renta, seguíamos creciendo casi dos puntos por encima de la media europea, teníamos reconocida solvencia internacional, nuestra moneda se revalorizaba casi cada día, empezábamos a ser un país deseado por decenas de miles de emigrantes, estábamos convencidos de ser ricos, nuevos ricos. Y muchos empezaron a ejercer de tales, con lo que ello incluye de exhibicionismo y de impudor.

Nuestros gobernantes rozaban también la gloria: **Felipe González** conseguía liderar el postulado de una Europa a una sola velocidad y hacer aprobar en Maastricht la filosofía de la cohesión. **Corcuera** conseguía rotundos éxitos en la

lucha antiterrorista y particularmente la definitiva cooperación policial y judicial de Francia. Solchaga presidía la sesión del FMI y su política recibía las bendiciones de todas las instancias mundiales de la ortodoxia económica. Borrell inauguraba febrilmente tramos y tramos de autovías, las autovías del 92. Las emblemáticas celebraciones de las Olimpiadas de Barcelona y de la Expo de Sevilla rayaron a gran altura. Mostraron, globalmente consideradas, una imagen de España con un considerable nivel de eficacia organizativa, grandeza histórica, buen sentido y dignidad. Problemas arduos como la enhebración de lo español y lo catalán en Barcelona, o como el equilibrio ente hispanismo e indigenismo en Sevilla, fueron resueltos con ejemplar sabiduría. En lo deportivo, las 22 medallas obtenidas desbordaron las previsiones más optimistas y contribuyeron a incrementar el optimismo general del país. La prensa extranjera fue casi unánime en reconocer que las olimpiadas fueron unas de las mejores en todos los aspectos y que la Expo constituyó un grandioso y bien gestionado escaparate y espectáculo mundial. España había conseguido la gloria y había digerido sin pestañear una inversión de más de dos billones de pesetas.

*Ciertamente que el oro de los fastos no consiguió ocultar ni la crítica a inversiones discutibles como el AVE, ni algunos infaustos hechos, como la endemia del paro, el llamado decretazo que aminoró los subsidios de desempleo, las corrupciones y cohechos que por doquier seguían aflorando. Sin embargo, en conjunto, las sombras palidecían ante la grandeza de un **annus mirabilis**.*

PERO llegó el otoño, y una enorme turbulencia agitó repentinamente todos los quicios de nuestras seguridades: nos acostamos con una peseta fuerte y nos despertamos con **peseta débil**, que precisó dos devaluaciones sin que pudieran evitarlas las copiosas compras del Banco de España, que redujo la mitad de sus reservas en la vana pretensión de mantener la paridad; nos desayunamos con un **incremento del paro** hasta el 18 por 100, y con perspectivas de que, de ir a alguna parte, iremos a peor; el Estado se

halla ahogado por el endeudamiento y tiene graves dificultades para hacer frente a los costes financieros, las administraciones autonómicas y locales no han recibido la asignación del ejercicio anterior y algún ayuntamiento ha amenazado con declarar **suspensión de pagos**; el Gobierno afronta 1993 con los **presupuestos más restrictivos** de los últimos quince años y ello representa una contracción de todas las actividades y el cierre inmediato de varias empresas; los excedentes empresariales han caído en un 37 por 100 respecto a 1989, con lo que se acelera la desinversión productiva de modo alarmante; los asalariados se sienten amenazados por una conjunción diabólica de elementos: desmantelamiento o privatización del INEM, congelación o disminución salarial, desregulación del colectivo, abaratamiento del despido individual y aceleración de la destrucción de empleo. La corrupción se ha instalado hasta en el Boletín Oficial y la gente sufre náuseas o mira hacia otro lado.

Por si fuera poco, vemos cómo la posibilidad de estar en la Europa de la primera velocidad se aleja de nuestro horizonte: no podemos conseguir la **convergencia**, y la **cohesión** se ha quedado en bellas palabras, en otro nombre para los mismos fondos. Justificamos nuestros esfuerzos con Maastricht y Maastricht languidece. Ahora nos queda el sacrificio sin objetivo europeo que lo justifique.

LAS cosas van mal y lo peor es que no se vislumbra la esperanza de que vayan pronto bien. Políticamente el país está bloqueado. Es prácticamente nula la posibilidad de un relanzamiento de la actividad o al menos de la ilusión por efecto de las próximas elecciones, las gane el PSOE o las gane el PP. Si el PSOE gana por mayoría absoluta no se habrá introducido ninguna variable nueva que modifique la situación. Si el PSOE gana por mayoría simple, cualquier coalición posible resultará perjudicial: si se coaliga con IU aumentará el recelo inversor y decaerá la actividad empresarial; si se coaliga con los nacionalistas, la servidumbre y el costo económico serán notables. El improbable triunfo del PP, aunque fuera por

mayoría absoluta, no mejoraría las perspectivas: este país es ingobernable desde la derecha, al menos que su triunfo sea aplastante. La derecha o el centro-derecha, el existente, carece de afines políticos para gobernar en el Parlamento y de afines sociales para que le permitan gobernar en la calle.

*EN definitiva, al finalizar su vida, 1992 ha revelado su segunda piel: **annus terribilis**. Tomar conciencia de su terribilidad no ayudará a disminuirla, pero sí a dotarnos del estoicismo necesario para soportarla.*